

La Historia de España en 100 preguntas

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: 100 preguntas esenciales
www.100Preguntas.com
www.nowtilus.com

Título: *La Historia de España en 100 preguntas*
Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S.L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: NEMO Edición y Comunicación

Imagen de portada: Mapa general de España Antigua dividido en tres partes: Bética, Lusitania y Tarraconense; con la subdivisión de cada una [Material cartográfico] / Por el geógrafo don Juan López, pensionista de S.M. Individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y de la Sociedad de Asturias

Real Academia de la Historia - Colección: Departamento de Cartografía y Artes Gráficas - Signatura: C-Atlas E, I a, 2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-9967-978-5

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-979-2

ISBN Digital: 978-84-9967-980-8

Fecha de publicación: septiembre 2018

Impreso en España

Imprime: Podiprint

Depósito legal: M-26133-2018

Para los patriotas de bien, que aman a su país sin despreciar
al de los demás y hacen de él un hogar que a todos acoge sin
preguntar ni exigir

Índice

Introducción

I. De la prehistoria a la Antigüedad

1. ¿Era español el europeo más antiguo que se conoce... por ahora? 17
2. ¿Fue una cueva española el lugar donde ardió el último fuego de los neandertales? 20
3. ¿Pintaban los españoles del Paleolítico mejor que los franceses? 23
4. ¿Había artistas prehistóricos que solo veían en blanco y negro? 26
5. ¿Estaba la España de la Antigüedad poblada por gigantes? 29
6. ¿Los españoles de la Edad del Cobre bebían en las campanas en lugar de tañerlas? 31
7. ¿Fue alguna vez España el país de los conejos? 33
8. ¿Quiénes llegaron a España en barcos de cincuenta remos? 37
9. ¿Robó de verdad Hércules los bueyes de Gerión? 41
10. ¿Había ya españoles en la península ibérica cuando llegaron los romanos? 43

II. La Hispania romana

11. ¿Fueron los hijos de la reina Dido los primeros africanos en emigrar a España? 49
12. ¿Sentieron los romanos envidia por los cartagineses? 53
13. ¿Quién se fue a la guerra subido a un elefante? 55
14. Roma no pagaba traidores, pero ¿se servía de ellos? 59
15. ¿Sentían los romanos un especial afecto por los campos de batalla españoles? 62
16. ¿Adoraban los romanos el pescado de Cádiz... aunque estuviera podrido? ... 65
17. ¿Se peleaban los romanos por la anchura de la franja roja que adornaba sus togas? 68
18. ¿Había también Senado en las ciudades romanas de Hispania? 71
19. ¿Abandonaron los hispanos a Júpiter para abrazar a Cristo?..... 74
20. ¿Existieron soñadores y revolucionarios en la España antigua? 77

III. La Edad Media I: la invasión musulmana

21. ¿Entraron los visigodos en Hispania con el permiso de los romanos? 81
22. ¿Fue el reino visigodo de Toledo la primera encarnación histórica de España? 85
23. ¿Se perdió España por la traición de un padre celoso de la honra de su hija? 88
24. ¿Eran los musulmanes tan pendencieros como los ha pintado la historia? 91
25. ¿Qué fugitivo se convirtió en rey de España tras cinco años huyendo de sus enemigos? 95

26.	¿Tenía la España musulmana ciudades y palacios como los de <i>Las mil y una noches</i> ?	97
27.	¿Había cristianos en las tierras ocupadas por los musulmanes?	101
28.	¿Fueron los reyes andalusíes mejores poetas que guerreros?	104
29.	¿Tanto ablandó España a los invasores musulmanes que necesitaron ayuda para conservarla?	108
30.	¿Fue el oro de Granada lo que la salvó durante dos siglos de caer en manos de Castilla?	111

IV. La Edad Media II: los reinos cristianos

31.	¿Fueron incapaces los invasores musulmanes de conquistar toda la península ibérica?	115
32.	¿Solo había «llanuras bélicas y páramos de asceta» en la España cristiana medieval?	118
33.	¿De verdad tardaron los reyes cristianos ocho siglos en recuperar el terreno que los musulmanes conquistaron en diez años? ...	121
34.	¿Cómo repoblaron los cristianos la tierra abandonada por los musulmanes?	126
35.	¿Hubo feudalismo en la España medieval o solo régimen señorial?	129
36.	¿Cuándo cambió una estrella la suerte del reino de Asturias?	133
37.	¿Era Castilla el reino más poderoso de la península ibérica a finales de la Edad Media?	136
38.	¿Soñaban con ser españoles los cristianos que habitaban la península ibérica en el Medievo?	140
39.	¿Podríamos entender la España actual sin la herencia de la Edad Media?	143

40.	¿Querían de verdad los Reyes Católicos reconstruir la unidad de España?	146
V. La Edad Moderna: hegemonía y decadencia		
41.	¿Cómo un pequeño país de cuatro millones de habitantes fue capaz de colonizar todo un continente?	151
42.	¿Qué soberano en cuyos dominios no se ocultaba el sol lo dejó todo para ocultarse en un monasterio?	155
43.	¿Cómo pudieron un puñado de aventureros venidos de España enfrentarse a imperios tan poderosos como el azteca y el inca?	160
44.	¿Era de verdad la España de Felipe II el país atrasado e intolerante que describía la «leyenda negra»?	162
45.	¿Fueron invencibles los tercios españoles durante un siglo y medio?	165
46.	¿Cuándo quisieron los catalanes ser franceses?	167
47.	¿Estaba hechizado Carlos II?	170
48.	¿Era la España del siglo XVII un gigante con pies de barro?	174
49.	¿Cómo un país en decadencia fue capaz de alcanzar el esplendor cultural de la España del Siglo de Oro?	177
50.	¿La España de la Edad Moderna era una nación o tan solo un Imperio?	181
VI. La Edad Moderna: el reformismo borbónico		
51.	¿Con qué España soñaban los ilustrados del siglo XVIII?	185
52.	¿Fue la guerra de sucesión una guerra de Cataluña contra España?	189

53.	¿Cuál fue «la grande empresa de restituir a la monarquía todo su espíritu»?	192
54.	¿Con qué animal comparó a España el embajador británico William Coxe a comienzos del siglo XVIII?	195
55.	¿Estaban locos los primeros borbones españoles?	199
56.	¿Vivían mejor los españoles en el siglo de la Ilustración?	201
57.	¿Ordenó Carlos III expulsar de sus reinos a los jesuitas?	205
58.	¿Hubo una guerra civil ideológica en la España del siglo XVIII?	207
59.	¿Qué conde español fue presa del pánico en 1789?	210
60.	¿A qué «príncipe de la paz» le tocó hacer frente al período con más guerras de la historia moderna de Europa?	213

VII El siglo XIX: la era del liberalismo

61.	¿Qué palabra regaló el pueblo español en armas al léxico internacional de la guerra?	217
62.	¿Era delito gritar «Viva la Pepa» en la España de Fernando VII?	221
63.	¿A quiénes simbolizaban Carlos Navarro y Salvador Monsalud?	224
64.	¿Qué militar venezolano se refería a sí mismo como «el hombre de las dificultades»?	227
65.	¿Era el parlamentarismo español más infiel que la reina en la época de Isabel II?	229
66.	¿Cuántas constituciones tuvo España en el siglo XIX?	233

67.	¿Qué general español de apellido irlandés quiso modernizar el liberalismo hispano?	234
68.	¿Fue en verdad gloriosa la revolución española de 1868?	238
69.	¿En qué año tuvo España cinco jefes de Estado?	241
70.	¿Fue un fracaso la revolución industrial española? ...	244
71.	¿Era la España del siglo XIX un país «de charanga y pandereta», como escribiera Antonio Machado?	248
72.	¿Qué príncipe español respondió a una felicitación de cumpleaños manifestando su deseo de ser rey?	250
73.	¿Quién soñaba con una Cataluña grande en una España grande?	253
74.	¿Fue un «desastre» o una suerte la pérdida de las últimas colonias españolas?	257
VIII. La Segunda República		
75.	¿Cuándo una Constitución que parecía contentar a todos terminó por no contentar a nadie?	263
76.	¿Qué dictador español del siglo XX quería ser un cirujano de hierro y terminaron echándole del hospital?	266
77.	¿Cuándo unas elecciones municipales derribaron un gobierno?	270
78.	¿Quién consideró una enormidad la proclamación de la II República española?	274
79.	¿Cómo podía ser un problema en el mismo país la existencia de jornaleros sin tierra y de pequeños propietarios agrarios?	276

80. ¿Cómo trató la II República de contentar, sin éxito, a los nacionalistas catalanes y vascos? 280
81. ¿Quién creyó evitar un golpe de Estado jubilandando oficiales? 283
82. ¿Quiénes dieron vivas a la república con la boca pequeña? 285
83. ¿Cuándo se hizo en España la revolución con cartuchos de dinamita? 289
84. ¿Fue el régimen de 1931 una «República sin republicanos»? 292

IX. La Guerra Civil y el franquismo

85. ¿Qué guerra estalló mientras los españoles estaban de vacaciones? 295
86. ¿Cómo llegó Franco a erigirse en jefe de los sublevados si no era el que mayor rango tenía entre ellos? 297
87. ¿Ganó Franco la Guerra Civil o la perdieron los republicanos? 300
88. ¿Tenía el franquismo problemas de identidad? 303
89. ¿Fue fascista Franco? 307
90. ¿Cuándo decidió el régimen franquista que necesitaba maquillaje? 310
91. ¿Tenía fiebre España a finales de los años cincuenta? 313
92. ¿Existió un milagro español en los años sesenta? ... 316
93. ¿Fue posible alguna vez un franquismo sin Franco? 319
94. ¿Cuándo el nacionalismo español fabricó nacionalistas antiespañoles? 321

X. La Transición y la España actual

95. Y después de Franco, ¿qué? 327
96. ¿Cuándo unas Cortes españolas se hicieron el harakiri? 330

97.	¿Qué sonido hacían los sables en la España de la Transición?	334
98.	¿Fue la movida madrileña un símbolo de su tiempo o una mera ocurrencia publicitaria?	336
99.	¿Estarán alguna vez contentos los nacionalistas?	338
100.	¿Ha llegado el final del régimen de 1978?	340
	Bibliografía	345

I

DE LA PREHISTORIA A LA ANTIGÜEDAD

1

¿ERA ESPAÑOL EL EUROPEO MÁS ANTIGUO QUE SE CONOCE... POR AHORA?

La presencia del ser humano en la península ibérica, al menos por lo que hasta ahora sabemos, se remonta más de un millón doscientos mil años en el pasado, fecha en la que parece que un lejano ancestro de nuestra especie daba sus primeros y vacilantes pasos por las tierras de Europa. De lo que sí podemos estar seguros es que su aspecto físico era más moderno de lo que cabe esperar por su antigüedad. Poseía ya un gran cerebro, cercano a los mil centímetros cúbicos, el equivalente a un litro. Su cara, menos plana que la de sus padres y abuelos africanos y con una mandíbula menos prominente, lo dotaba, sin duda, de una expresión más humana. Y, sin embargo, la cultura y la tecnología de este antepasado nuestro no eran muy distintas de las de sus predecesores. Incapaz todavía de fabricar bifaces, las famosas hachas de piedra de la prehistoria, tenía que contentarse con golpear unas cuantas veces un humilde canto rodado arrebatado a un río o un olvidado fragmento de sílex fruto de la erosión natural para obtener de ellos un filo cortante. La forma de estas toscas



Reconstrucción facial de *Homo antecessor*. De acuerdo con sus descubridores, este ancestro nuestro podría ser el antepasado común de neandertales y *sapiens*. No obstante, dicha hipótesis apenas cuenta con defensores en la actualidad. Imagen Wikimedia Commons.

Homo erectus, la forma asiática de *Homo ergaster*, llegado a tierras europeas desde el este, el cual, sin descendencia conocida, terminaría por convertirse, como tantas otras especies, en una vía muerta de la evolución.

La otra cuestión, sin embargo, sigue abierta. Los restos más antiguos de *Homo antecessor*, hallados en 2008 en la Sima del Elefante de Atapuerca, cuatrocientos mil años más antiguos que los de la Gran Dolina, parecen ser también los más antiguos hallados en Europa. Eso, claro, en el caso de que se confirme su adscripción a dicha especie, hecho no tan evidente a juzgar por la opinión de algunos expertos que prefieren abstenerse aún de afirmarlo con rotundidad, por lo que proponen su asignación provisional a una especie inédita que, por su ubicación en España, sugieren designar con el original nombre de «especie ñ». Y los descubrimientos no cesan. En 2013 se halló también en la Sima del Elefante un fragmento de cuchillo de sílex que parece datar de hace 1,3 millones de años y en 2014 un nuevo fragmento de edad similar. Pero la lógica no puede dejar de imponerse. La península ibérica es la tierra más occidental del



Reconstrucción ideal de una vivienda de la colonia fenicia de Gadir. De planta cuadrangular, sus estancias se abren al interior que las conecta entre sí por medio de un patio a cielo abierto desde el que suele partir una escalera que conduce a la terraza o, en el caso de las casas más grandes, a un piso superior.

Orgullosas e independientes, entregadas a la tarea de procurarse sin cesar nuevos clientes, tan parcios sus moradores en instinto político como sobrados en talento comercial, no conocieron entre sí ni con sus lejanas metrópolis lazos políticos más fuertes que la natural solidaridad de intereses en tiempos difíciles, pues las colonias fenicias de la península, como sus metrópolis cananeas, no formaron nunca un estado unificado. Sin campos que proteger ni rebaños a los que dar abrigo, creíamos hasta hace poco que se hallaban por completo vueltas hacia el mar del que dependía su artesanía y su comercio, pilar de la riqueza de sus gobernantes, que no fueron reyes, nobles ni guerreros, sino tan solo opulentos mercaderes.

Pero la tinta con la que los historiadores escriben sus palabras está llamada a desvanecerse con el paso del tiempo. Descubrimientos recientes nos obligan a rectificar esta afirmación, hasta hace poco tenida por cierta. Los fenicios no vivían tan de espaldas a la tierra como creíamos. El tamaño de sus

Miniatura en bronce que representa una pentecóntera. Según Homero, estos barcos fueron usados por los griegos en la guerra de Troya, hacia el siglo XII a. C., pero lo cierto es que fueron los focenses los primeros en emplearlos para surcar el Mediterráneo en lugar de las naves mercantes de panza redonda.



el contrario, de factorías comerciales, simples escalas, abrigos seguros de mercaderes de procedencia diversa en los que intercambiar productos con los nativos para obtener de ellos los ansiados metales, no ciudades en sentido estricto. Un templo, unas pocas casas, algunos almacenes de mercancías era todo lo que podía hallarse en ellas. Gran paradoja, Ampurias, en la actual costa gerundense, que sí puede considerarse una verdadera ciudad griega, es la que lleva un nombre, *emporion* (mercado), más acorde con las motivaciones comerciales de sus fundadores. Quizá también Rhode (Rosas), algo más al norte, llegó a ser algo más que una factoría comercial. Sepamos un poco más de ellas.

Ampurias fue un establecimiento de Massalia, la actual ciudad francesa de Marsella, un asentamiento focense que se lanzaba así a la fundación de nuevas colonias tan solo veinticinco años después de su propio nacimiento, hacia el 600 a. C. Su primera encarnación, la Palaiapolis o «ciudad vieja», no fue sino un breve caserío en un islote próximo a la costa; la segunda, la Neapolis o «ciudad nueva», una ampliación en la costa misma creada hacia el 550 a. C. ¿Por qué allí, tan lejos de la ruta del estañó? No lo sabemos. Quizá se buscaba asegurar un hipotético



La península ibérica hacia el 300 a. C., antes de la conquista cartaginesa. A pesar de la gran diversidad de pueblos que se aprecia en el mapa, el progreso de la iberización, entendida como construcción de una civilización común similar a las otras del Mediterráneo occidental y compatible con la pervivencia de diferencias culturales entre los distintos pueblos ibéricos, se hallaba ya muy avanzada.

hacia el oeste desde su hogar almeriense original. Desde tierras andaluzas, ya del todo formada en el siglo v a. C., se habría extendido hacia el norte y el levante hasta alcanzar la Meseta y las costas valencianas y catalanas ya hacia el siglo III a. C. Para otros, sin embargo, fue el establecimiento de las colonias fenicias en la zona del estrecho de Gibraltar el factor que aceleró en mayor medida un proceso de transformaciones económicas y sociales que se venían gestando ya desde el año 1000 a. C., sin que tuviera especial relevancia en el proceso el influjo tartésico, pues no en vano los núcleos más adelantados del iberismo se encuentran en las zonas más alejadas de la desembocadura del Guadalquivir, la Alta Andalucía y el sureste. Sería, pues, el influjo griego el catalizador más determinante de la iberización.



Castro celta de Santa Trega, Pontevedra. Ubicado en el contorno del monte de su mismo nombre, en el extremo sudoccidental de Galicia, es un lugar privilegiado desde el que se domina la desembocadura del Miño. De construcción tardía, fue ocupado de forma continuada entre los siglos I a. C. y I de nuestra era.

Bien distinto es, mientras tanto, el paisaje que ofrece el norte de la península. Las barreras naturales han impedido que alcanzara a tocarlo la influencia fenicia y griega. La corriente civilizadora llegará, pues, del continente, penetrando las orgullosas cumbres pirenaicas. Desde comienzos del último milenio antes de la era cristiana, las migraciones de pueblos indoeuropeos van introduciendo poco a poco la metalurgia del hierro y unas formas culturales bien diferentes de las de la Iberia mediterránea. Celtas será el apellido común que el hábito ha concedido a estos pueblos portadores de nombres que en su época llegaron a ser sinónimo de belicosidad: galaicos, turmódigos, berones... Gentes de vida dura y carácter arrojado, habitantes en castros, poblados de redondas moradas de piedra y paja, agrupadas al abrigo de muros, torres y fosos en lo alto de protectores cerros, dedicaban sus días a la guerra o al pillaje, mientras sus mujeres cuidaban rebaños y campos esperando el botín que la superioridad de sus armas arrancaba a los hombres del sur, que, poco a poco, fueron contagiándose de sus influencias culturales.

II

LA HISPANIA ROMANA

11

¿FUERON LOS HIJOS DE LA REINA DIDO LOS PRIMEROS AFRICANOS EN EMIGRAR A ESPAÑA?

Mientras esto sucedía en nuestra península, la rica ciudad fenicia de Tiro se doblegaba ante el caldeo Nabucodonosor, que la tomó tras un asedio de trece años (572 a. C.). Pero la misma debacle tiria, que arruinó a tartesios y gaditanos, llamó a la palestra de la historia a los habitantes de una hasta entonces anónima colonia fenicia en el norte de África, que se erigió en heredera de su comercio en el Occidente. Fundada en el 814 a. C. por Dido, obligada a huir de su patria por su hermano el rey Pigmalión, se llamaba simplemente «Ciudad Nueva». Fue el mal oído de los romanos para las lenguas extranjeras el que transformaría pronto el vocablo semita original *Qart Hadasht* en Cartago, nombre con el que ha llegado hasta nosotros.

La herencia cartaginesa no fue fruto de la casualidad. Eran muchos los factores que la predisponían a un futuro glorioso. Rodeada de desiertos, no existía en su vecindad potencia alguna que la inquietase. El valle donde se asentaba, regado por el Bagrada, era lo bastante fértil para alimentar una gran urbe. Su



Muerte de Viriato, por José Madrazo (1808), Museo del Prado, Madrid. El caudillo lusitano (180-139 a. C.) ha pasado a la historia como símbolo de la resistencia heroica de los pueblos ibéricos frente al invasor romano, al que mantuvo en jaque durante siete años valiéndose de la guerra de guerrillas.

rebelde que lo convertía en aliado de Roma y jefe de una Lusitania federada con ella.

La vigencia de este tratado fue escasa, porque no eran pocos en Roma quienes lo tenían por una cesión vergonzosa, de modo que la guerra se reavivó pronto. Pero para entonces, los romanos se habían cansado de un conflicto que parecía imposible concluir y optaron por ganar fuera del campo de batalla lo que perdían una y otra vez en él. En el 139 a. C., tres lugartenientes de Viriato sobornados por el pretor Quinto Servilio Cepión apuñalaron al caudillo lusitano en el cuello mientras dormía, con la armadura puesta, como era su costumbre. Pero poco después, cuando regresaron al campamento romano en busca de la recompensa que les había prometido, el pretor les respondió con una de esas frases a través de las cuales la leyenda se cuela de rondón en los libros de historia: «Roma traditoribus non praemiat», ‘Roma no paga traidores’. Quizá no lo hacía, pero sin duda los contrataba.



Grabado del siglo XIX que recrea la escena de la muerte de Quinto Sertorio, en un banquete al que fue invitado por algunos correligionarios para celebrar una supuesta victoria sobre sus rivales.

una y otra vez con las más hábiles estratagemas. Porque fue la sertoriana, como antes la lusitana, guerra de emboscadas y guerrillas, presagio de la que otros habitantes de la misma tierra, veinte siglos después, harían a otro imperio portador del progreso a golpe de espada. Una guerra que requirió el concurso de los más competentes generales romanos y, de nuevo, el acerbo veneno de la traición para llegar a un final que la mera comparación de las fuerzas enfrentadas presagiaba inevitable. Una guerra, en fin, que, junto al sueño de Sertorio, mató para siempre la conciencia indígena y sacrificó el iberismo en el altar de la romanidad.

Quizá por ello pudo reclamar Hispania en la segunda guerra civil romana un papel clave. Sus protagonistas, César y Pompeyo, rigieron en algún momento los destinos de sus provincias, la Ulterior el primero, la Citerior el segundo; depredaron sus riquezas y dejaron a su marcha nutridas clientelas a las que reclamar después los favores prestados. Enfrascado luego César en la conquista de las Galias y convertido Pompeyo en campeón de la oligarquía romana, trabajó este para atraer a su causa las clientelas cesarianas de la Ulterior, mientras el Senado maniobraba para privar de todo poder al vencedor



Paisaje de Las Médulas, en la comarca leonesa de El Bierzo. El alucinante paisaje de estas antiguas minas de oro a cielo abierto muestra por sí solo la eficacia de las técnicas romanas, que, a decir de Plinio el Viejo, administrador en su juventud de ellas, permitían obtener una producción de 20000 libras anuales (unos 7000 kg.).

Más humilde en apariencia, la salazón de pescado, una actividad que contaba en las costas andaluzas con una secular tradición, se benefició también del extraño gusto romano por las salsas de sabor intenso. El *garum*, elaborado en las factorías meridionales a partir de vísceras maceradas de atún, esturión o caballa, habría de convertirse en uno de los manjares más apreciados en las siempre exóticas mesas de los aristócratas, alimentando así una industria de enorme potencial multiplicador que requería cuantiosas inversiones y un gran esfuerzo de organización. Y es que esta actividad, que se desarrollaba en verdaderas factorías, llevaba de la mano muchas otras, como la construcción naval, la confección de redes y aparejos, la extracción y el comercio de la sal o la elaboración de vasijas de cerámica. No debe extrañarnos, en consecuencia, que muchas monedas acuñadas en ciudades de la Bética se adornen con atunes. En estos humildes peces residía buena parte de la riqueza de las costas meridionales de Hispania.



Reconstrucción ideal de una ciudad romana de provincias. Su diseño era muy simple: de las puertas que se encontraban en el centro de las murallas partían dos calles principales que se cruzaban en ángulo recto formando un plano ortogonal: el Cardo Maximo, de norte a sur, y el Decumano, de este a oeste. En el cruce de ambas se encontraba el foro, donde se erigían los edificios públicos, y el mercado, donde se concentraba la actividad económica de la ciudad.

fueron las diferencias establecidas entre las nuevas provincias. La más romanizada y rica, la Bética, quedó bajo la administración del Senado, lo que quizá explica que uno de sus distritos mineros más productivos el de Cástulo, al este, le fuera arrebatado al poco a favor de la Tarraconense. Esta provincia, junto con la Lusitania, se la reservaba Augusto para su administración personal, con el pretexto de que se trataba de una zona aún poco romanizada y propensa a las sublevaciones.

La Bética conservó así la administración tradicional y su endémica corrupción, sin más cambio que el del nombre del magistrado que allí se enviaba anualmente, ahora llamado *procónsul*, y la ausencia en ella de legión alguna. Por el contrario, las provincias imperiales se beneficiarían en adelante de una organización administrativa más eficaz, y, sobre todo, menos gravosa para sus habitantes. A su frente, un *legatus Augusti* reunía el mando militar y las competencias judiciales y administrativas, mientras un procurador entendía de los asuntos económicos y fiscales. Como novedad, los provinciales pudieron por vez primera reclamar ante el emperador cuando se tenían por agraviados, contando así con un valedor quizá más dispuesto a escuchar sus quejas de lo que lo habían estado los rancios senadores de la vieja república.



Templo romano de Diana en Emerita Augusta, finales del siglo I a. C. Dedicado en realidad al culto imperial, es el único edificio religioso romano bien conservado de la ciudad que fuera capital de la provincia de Lusitania. Fuente: Wikimedia Commons.

que redimían con su muerte los pecados del hombre y le daban con su resurrección la esperanza de una vida inmortal; dioses de cultos intensos, vivos, teatrales, que conducían a los iniciados al paroxismo y al éxtasis en los que creían encontrar la comunión con la divinidad y la victoria sobre las miserias de este mundo, prendieron la llama intensa pero breve que serviría de puente para la llegada del cristianismo, que cruzó el estrecho de Gibraltar y penetró con fuerza en la península hacia el siglo III. Porque la nueva fe no arraigó en nuestras tierras al poco de la muerte de Cristo, de la mano de Santiago, san Pablo o los siete varones apostólicos fundadores de las primeras diócesis, como durante siglos han sostenido diversas tradiciones. Su penetración en la península debió de ser bastante más tardía y, desde luego, mucho más prosaica. Viajó, quizá, como el resto de los cultos orientales, en el petate de los soldados veteranos que cambiaban de destino, o en la sentina de los mercantes que, como en todas las épocas, descargaban de tanto en tanto en los puertos junto a sus pesadas cargas las ideas, las modas y los gustos nuevos de allende los mares. El norte de África, cristianizado antes que Hispania, parece la vía de penetración natural, escrita en las notables influencias de dicha región que muestran desde el primer momento los ritos

III

LA EDAD MEDIA I: LA INVASIÓN MUSULMANA

21

¿ENTRARON LOS VISIGODOS EN HISPANIA CON EL PERMISO DE LOS ROMANOS?

La decadencia de Roma parece irreversible desde finales del siglo III. La guerra civil, la amenaza de los bárbaros, la rápida sucesión de emperadores incapaces de asentarse en el trono... son síntomas de una enfermedad de difícil remisión. Sin embargo, no faltará quien administre al enfermo un tratamiento de choque con la ilusión de revivirlo. Diocleciano (284-305), primero, y Constantino (306-337), después, tratan, en el arduo tránsito entre los siglos III y IV, de devolver a Roma la grandeza perdida. Sus reformas se extienden por doquier. La moneda se fortalece, los impuestos crecen, el Ejército se reorganiza, la Administración se renueva. Pero algunas medidas son erróneas y otras llegan demasiado tarde. La economía no se recuperará a resultas de una mayor presión fiscal o de la adscripción forzosa de los hijos a los oficios de los padres; un Ejército más poderoso poco podía durar sin los recursos necesarios para mantenerlo; la nueva estructura dual del Imperio, dividido entre Oriente y Occidente, no es sino una confesión de lo imparable de las fuerzas disgregadoras que solo

El saqueo de Roma por los visigodos de Alarico (410) en una miniatura del siglo xv. Tras mantenerse inexpugnable durante ocho siglos, la caída de la capital de Occidente en manos de los bárbaros produjo tal conmoción en el Imperio que fueron muchos, entre ellos san Agustín, los que creyeron llegado el fin del mundo.



Sin embargo, lo que hicieron no disgustó a los hispanorromanos. Independientes *de facto* a pesar de su nominal dependencia del Imperio, lo serán *de iure* cuando este, por fin, se desmorone (476). Pero la caída de Roma no es sino un símbolo que en nada cambia la vida de los hispanos, que se saben amparados por su superioridad en número y en grado de civilización. Los visigodos son muy pocos, apenas un par de cientos de miles entre una población de millones. Su intención inicial, asentarse en enclaves aislados, viviendo de sus rebaños y de las gabelas impuestas a los hispanos; gobernarse por sus leyes consuetudinarias, dejando a los romanos su derecho; conservar sus creencias arrianas sin estorbar el culto católico, y ejercer el poder político sin alterar el orden social, pronto se revela insensata. Lo es porque la derrota sin paliativos de Alarico II en Vouillé (507) fuerza a los visigodos a trasladar el centro de gravedad de su reino, que conservaba su dominio sobre Aquitania y su capital en Tolosa, a Hispania, abandonando a los francos el señorío de las Galias con la sola excepción de la Septimania, al sur del país vecino. Y lo es, sobre todo, porque la superioridad de la cultura latina atrae con irresistible energía al pueblo ocupante. Poco



Invasión musulmana de Europa. La victoria de los francos en Poitiers (732), primero, y su posterior expulsión de los invasores al sur de los Pirineos evitaron la penetración musulmana hacia el centro del continente.

La historia de los primeros años del emirato responde a la perfección a este modelo. Los grupos sometidos manifestaban su descontento mediante revueltas periódicas. Los muladíes, cristianos conversos al islam, sufrían mal su inferior posición en el seno de la comunidad musulmana; los mozárabes, cristianos que aún conservaban su fe, gemían bajo el peso del oneroso tributo que gravaba su condición, y los judíos, al principio mimados por los árabes en agradecimiento por su inestimable ayuda en la conquista, lo hacían como consecuencia del cada vez peor trato dispensado por los ahora acomodados gobernantes andalusíes. A ello se sumó enseguida el descontento generado por la desigual



Interior de la mezquita de Córdoba en la actualidad. La Córdoba califal contaba con unos 300 000 habitantes y solo la superaban Constantinopla, Bagdad y El Cairo. Por el contrario, la mayor ciudad cristiana, Valladolid, no pasaba de 25 000.

Maestros, oficiales y aprendices de cada profesión trabajaban y residían en los mismos barrios y se encuadraban en gremios, aunque más con una finalidad de representación ante las autoridades que de control de la producción y los precios, más libres que en la Europa feudal. Los productos eran variados y de gran calidad. La industria textil era la primera en importancia por el volumen y diversidad de sus géneros. Las telas de lino y algodón, las mantas y tapices de lana, los lujosos brocados y, sobre todo, los excelentes tejidos deseda, de inmensa fama en todo el mundo musulmán, daban ocupación a miles de artesanos andalusíes. El trabajo del oro, la plata y las piedras preciosas alcanzaba también un alto nivel, y no le iban a la zaga las manufacturas del cuero repujado, el marfil, la cerámica vidriada o la fabricación de armas, en la que Toledo destacaba ya entre las ciudades andalusíes. En algún campo, sus artesanos marchaban incluso a la cabeza de Occidente en lo que se refiere a la introducción de mejoras técnicas. Fue un cordobés quien descubrió, en la segunda mitad del siglo IX, el proceso de fabricación del cristal, y ya en el siglo X descollaban los valencianos en la producción de papel, que pronto reemplazó al pergamino en la España musulmana.

IV

LA EDAD MEDIA II: LOS REINOS CRISTIANOS

31

¿FUERON INCAPACES LOS INVASORES MUSULMANES DE CONQUISTAR TODA LA PENÍNSULA IBÉRICA?

Arruinado el reino visigodo, algunos nobles huyeron hacia el norte. En sus tierras, demasiado húmedas y frías, poco atractivas para los árabes y beréberes, encontraron el asilo de las comunidades que durante siglos habían rechazado, a veces con violencia, integrarse en España. Entre aquellos nobles se destacó pronto un jefe, Pelayo, quien, tras su victoria en la montaña de Covadonga (722), se convirtió en el primer rey asturiano. La batalla fue poco más que una escaramuza, pero el consenso entre magnates y obispos, que dieron en ver en ella la mano de Dios, la elevó pronto a la categoría de símbolo y le confirió el poder aglutinante que precisaban aquellas élites entregadas a la tarea de construir una nueva legitimidad política. Ello facilitó que todos se avinieran a la reconstrucción de una corte y un reino a imagen de la España perdida. Cangas de Onís fue su primera capital, pronto trasladada a Oviedo.



Estatua de Don Pelayo en la localidad de Cangas de Onís. Primer rey de Asturias y personaje épico de su historia y de la de España, fue un personaje de existencia histórica indiscutible, aunque la victoria de Covadonga que se le atribuye fuera, en el mejor de los casos, una escaramuza de escasa relevancia militar.

Los invasores despreciaron las posibilidades de crecimiento del pequeño reino y se limitaron a exigirle vasallaje e imponerle tributos, al igual que a los otros núcleos semejantes surgidos en las futuras Navarra, Aragón y Cataluña. Fue el descontento de los beréberes y su levantamiento contra el gobierno andalusí el que ofreció a los sucesores de Pelayo la ocasión de impugnar el vasallaje y lanzar sus primeras expediciones hacia el valle del Duero. Con ellas, terminaron por despoblar aquellas tierras, creando un vacío entre cristianos y musulmanes que serviría de protección al pequeño embrión de reino. Nada más podían hacer todavía los asturianos que carecían de gentes con que repoblarlas y asentar su dominio sobre ellas.

A finales del siglo VIII, las cosas cambian. Allende los Pirineos, el poderoso Imperio de Carlomagno siente la obligación moral de luchar contra el infiel. Reconquistada la antigua Septimania visigoda, los francos cruzan la imponente cadena montañosa. Pronto conquistan las comarcas septentrionales navarras, aragonesas y, en especial, catalanas y construyen con ellas, siguiendo su práctica habitual, una provincia militar fronteriza, la llamada «Marca Hispánica», de cuya existencia formal hoy dudamos,



Mapa que representa la evolución de la Reconquista entre los siglos VIII y XV. El concepto patrimonial del Estado, las parias musulmanas y las invasiones desde el norte de África ralentizaron un proceso que podría haber concluido mucho antes.

su muerte. Alfonso VII, el Emperador (†1157), resucita el sueño hegemónico de su abuelo y lo eleva a cumbres más altas. Bajo su autoridad se hallan de nuevo Castilla y León, cuyas coronas ciñe, pero también Navarra, Aragón y Portugal, que, hábilmente enfrentados entre sí por Alfonso, le rinden vasallaje.

Los aragoneses no pueden igualar al principio el tremendo vigor castellano. El reino de Ramiro I y su hijo Sancho Ramírez, débil, poco poblado y bloqueado en su avance hacia el sur por la protección dispensada a la taifa zaragozana por navarros y catalanes, agota sus energías en mantener su independencia. Es la Cataluña de Ramón Berenguer I, nutrida por las parias leridanas y zaragozanas, la que prepara su expansión. Pero Aragón despierta pronto. A finales del siglo XI, Pedro I baja de los valles pirenaicos con los ojos puestos en las ansiadas aguas del Ebro. Huesca y Barbastro caen en manos aragonesas. Será, no obstante, su hijo, Alfonso I, a quien las crónicas llaman El Batallador, el verdadero protagonista de la primera gran expansión del pequeño reino. Entre 1117 y 1134 cerca



Monasterio de San Miguel de Escalada, cerca de León. Consagrado en el año 913 por el abad Alfonso, es un buen ejemplo del denominado arte de repoblación, caracterizado por una evidente influencia de la arquitectura árabe andalusí.

la Reconquista solo los valles pirenaicos se hallaban del todo des-
poblados, por lo que solo en ellos y una estrecha franja costera de
la actual Cataluña pudo usarse un sistema de repoblación similar
al utilizado por Castilla. La *aprisio*, variante catalana de la presura
castellana, se limitó a la Plana de Vic y las pequeñas llanuras cos-
teras del Ampurdán, el Penedés y el Vallés, aunque el destino de
estos campesinos, pronto sometidos a la autoridad de los señores
feudales, fue bien distinto del de sus hermanos castellanos.

Pero el proceso, espontáneo al principio, pronto adopta una
fisonomía más organizada en la que la Corona, deseosa de afir-
mar su poder, asume el papel protagonista. Es la segunda etapa de
la repoblación, entre los siglos XI y XII. La dirección real del pro-
ceso repoblador será el modelo dominante en el valle del Tajo,
donde surgen por doquier pequeñas comunidades de campesi-
nos que se valen de su utilidad para los monarcas para alcanzar
de estos privilegios que amparan su libertad. Son los concejos,
esencia de la estructura social y política castellana medieval. El
mecanismo era simple: los reyes concedían al futuro concejo un



Interior de la catedral de Santiago de Compostela. En ella puede apreciarse el triforio, la amplia balconada que se apoya sobre arcos de medio punto en la segunda planta del templo, muy útil para incrementar el espacio disponible para alojar a los peregrinos.

Santiago, que acabaría por desbancar a los otros en las preferencias de los europeos entre los siglos XII y XIII. Pero ¿por qué ese éxito? ¿Acaso tenía Santiago algo de especial que le permitía competir en condiciones con los otros cientos de hombres santos con que ya contaba la cristiandad medieval?

La respuesta hay que buscarla, más bien, en la coyuntura política y religiosa en que se produjo el hallazgo de los restos del apóstol por el monje Pelayo en el año 814. La creencia de que el cuerpo de Santiago, muerto en Palestina, había sido traído a Galicia por dos discípulos suyos en una barca de piedra formaba parte del acervo popular, alimentado por testimonios de tanta autoridad como los de san Jerónimo, Beda el Venerable y, a finales del siglo VIII, Beato de Liébana, autor de los célebres comentarios al Apocalipsis que tanta difusión conocerían en la España medieval. Por otra parte, los obispos de Oviedo se hallaban entonces enfrascados en una dura pugna con los de Toledo, tradicional sede primada de la península, esperando aprovecharse de la herejía adopcionista del obispo Elipando y del hecho cierto de que Toledo se encontraba en tierra ocupada por los

V

LA EDAD MODERNA: HEGEMONÍA Y DECADENCIA

41

¿CÓMO UN PEQUEÑO PAÍS DE CUATRO MILLONES DE HABITANTES FUE CAPAZ DE COLONIZAR TODO UN CONTINENTE?

Mediado el siglo xv, los europeos estaban maduros para aventurarse hacia el oeste. El conocimiento de la esfericidad de la Tierra resucitaba de la mano de antologías de los saberes antiguos que comenzaban a circular entre geógrafos y navegantes, y, aunque tenían el planeta por más pequeño de lo que es, abrían las mentes de los europeos hacia la posibilidad de establecer nuevas rutas de navegación hacia China y la India. La caída de Constantinopla en poder de los turcos, en 1453, que implicaba el cierre de las vías tradicionales del comercio con Oriente, apartando a los europeos de la seda y las especias, actuó como incentivo para explorar de hecho tales rutas. El desarrollo de la tecnología naval, en especial en lo que se refiere al diseño de naves capaces de aventurarse en el océano y en la orientación de los buques lejos de las costas, lo hará posible. La acuciante necesidad de metales preciosos de una economía como la europea, cuyo comercio despierta al fin de la postración de la centuria anterior,



Mapamundi de Fra Mauro (1459). Obra del monje veneciano de tal nombre que trabajó ayudado por Andrea Bianco, un marinero cartógrafo al servicio del rey Alfonso V de Portugal. Es un planisferio circular dibujado en pergamino de unos dos metros de diámetro que representa el mundo tal como creían que era los europeos de finales de la Edad Media.

torbellino diplomático. Las nuevas tierras no tenían dueño conocido, por lo que Castilla podía reclamar su derecho sobre ellas y que ese derecho le fuera reconocido por los otros Estados europeos, en especial por Portugal, que se consideraba desde Alcaçovas propietario legítimo del océano y sus tierras. Al papa, como señor eminente de la creación, correspondía, en la mentalidad de la época, confirmar ese derecho. Alejandro VI, español y antiguo legado pontificio en Castilla, lo hizo así en cinco bulas sucesivas, entre ellas la famosa *Inter caetera divinae maiestati*, que otorgaban a Castilla las tierras descubiertas y por descubrir, a la vez que trazaban una línea de demarcación entre los futuros territorios castellanos y portugueses cien leguas al oeste de las Azores. Los portugueses rechazaron el dictado del papa y entraron en negociaciones directas con los Reyes Católicos. Solo en junio de 1494 se alcanzó un nuevo acuerdo, el Tratado de



Francisco Alvarado, comúnmente conocido como «el Filósofo Rancio» (1756–1814), fue un religioso dominico y libelista reaccionario español. En sus obras se erigió como acérrimo adversario de toda innovación filosófica o política ilustrada, jansenista, liberal, masónica o afrancesada.

su alcance, o bastó la inercia misma de aquella sociedad apática para limitar su influjo?

La Ilustración fue, en nuestro país, cosa de unos pocos. No más allá de una de cada cien personas fue tocada de algún modo por las nuevas ideas. Razón, crítica, apelación al orden natural, exaltación del conocimiento útil, afán de progreso técnico, interés por salvar la gran brecha que se había abierto entre España y la Europa occidental no eran sino los ingredientes básicos de la aventura espiritual de unas élites crecidas en torno a la Corte y en los lugares más abiertos al exterior, los puertos, las ciudades mercantiles. Allí, inquietos funcionarios del rey, comerciantes e industriales despiertos, juristas y médicos inconformistas, hidalgos y clérigos idealistas se afanaban en la lectura de las publicaciones francesas, las traducían y las difundían; se organizaban en «sociedades económicas de amigos del país», fomentaban la educación popular e incluso impulsaban la introducción de nuevas técnicas en la agricultura y la industria. Mientras, las viejas universidades se abrían con timidez a las nuevas corrientes y la prensa vivía una verdadera eclosión de periódicos sensibles al espíritu del siglo.

Pero ni el número ni la fuerza estaban de su lado. Había frente a ellos otro bando, mayor y más poderoso: los reaccionarios.

VII

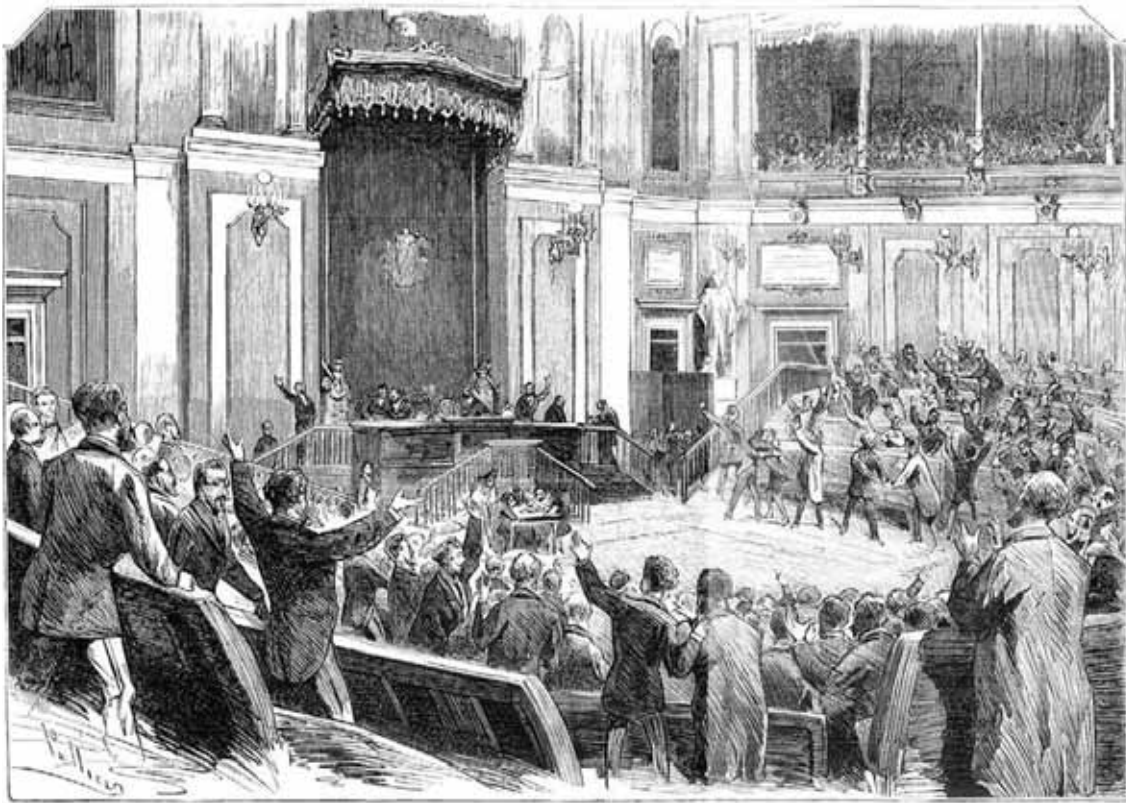
EL SIGLO XIX: LA ERA DEL LIBERALISMO

61

¿QUÉ PALABRA REGALÓ EL PUEBLO ESPAÑOL EN ARMAS AL LÉXICO INTERNACIONAL DE LA GUERRA?

En la mal llamada constitución de Bayona, que era en realidad una carta otorgada, España se organizaba como una monarquía hereditaria en la que el rey se humillaba ante los derechos de sus súbditos, garantizados por unas Cortes bicamerales, y se eliminaban las restricciones a la libertad de comercio e industria y los privilegios estamentales. No se trataba de una constitución liberal, pero sí de un documento realista, acorde con el nivel de madurez de la sociedad española, y que sin duda habría servido de marco institucional oportuno para impulsar el progreso del país.

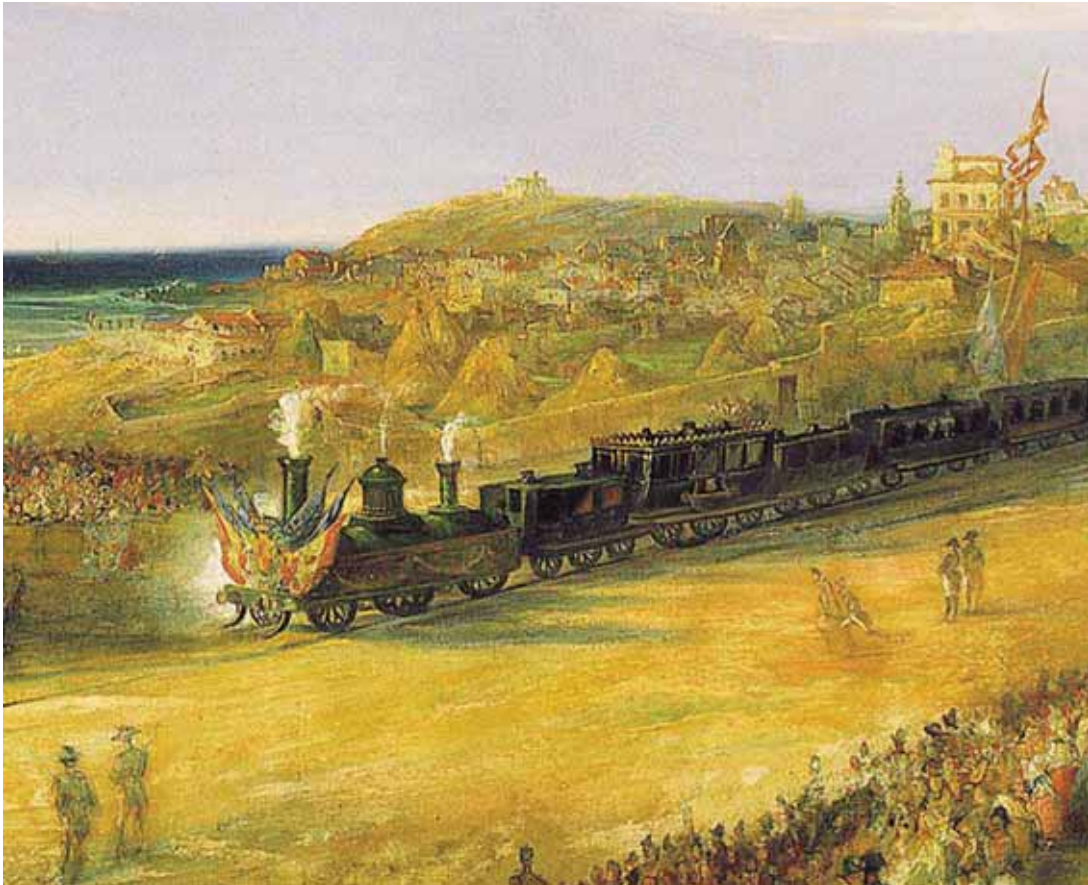
Pero ya para entonces, los españoles, más dignos que sus gobernantes, habían visto colmado el vaso de su paciencia. El 2 de mayo, cuando los franceses sacaban de palacio al infante don Francisco, el menor de los hijos de Carlos IV, los madrileños se sublevaron. Por la tarde, el alcalde de Móstoles, Andrés Torrejón, animaba al país a seguir su ejemplo. La represión desatada por Murat, comandante de las tropas napoleónicas, no hizo sino



MADRID.—Proclamación de la república por la Asamblea nacional.

Proclamación de la Primera República, 11 de febrero de 1873, por José Luis Pellicer. La República nació antes como resultado del miedo al vacío de poder de los conservadores que del fervor republicano de los progresistas.

solos para dar al traste con un régimen que la historia les había regalado sin esfuerzo. Su organización sufría insufribles quere-llas intestinas. Había republicanos unitarios, partidarios de un Estado centralizado, y federalistas, defensores de la descentrali-zación y la articulación del país en estados federados; liberales, que sostenían que la libertad y la democracia serían suficientes para garantizar el progreso y la igualdad social; socialistas, que defendían la intervención estatal para paliar las desigualdades sociales; legalistas, que confiaban tan solo en la sensatez de los cauces parlamentarios y convencidos de la legitimidad de la insurrección violenta para llegar al poder. Pero, y esto era lo más grave, todos ellos se arrogaban el derecho a imponer su concepción de la República por la fuerza, negándose a cola-borar con un gobierno de signo contrario. Los radicales, par-tido surgido del ala izquierda del progresismo tras la muerte de Prim, trataron en dos ocasiones de derribar al Gobierno y luego pasaron a la oposición. Los federalistas extremos



Inauguración del ferrocarril a Langreo, de Jenaro Pérez Villaamil (1852). El ferrocarril, financiado por empresas extranjeras, actuó en muy escaso grado como catalizador de la industria nacional y factor cohesionador del mercado.

de Isabel II. Las guerras, el cólera, la tuberculosis, la gripe, el sarampión, la emigración a África y a América, las pobres cosechas de cereal, la falta de horizontes... Todo se conjuga para limitar el ritmo de crecimiento. No podía ser de otra manera. La agricultura, esclava de las viejas técnicas, hambrienta de capitales, entregada a gentes sin espíritu de empresa, que buscan en ella tan solo la seguridad de las rentas, apenas cambia su paisaje. Los campos no ofrecen pan bastante para las nuevas bocas. La desamortización ha arrebatado a la Iglesia diez millones de hectáreas, pero el patrono burgués no es distinto del clérigo o el noble: un rentista, no un empresario. Por ello la revolución agrícola se retrasa y el campo español no servirá de mercado para unas máquinas que no cree necesitar, no saldrán de él brazos fuertes que busquen su futuro en la fábrica, no gestará su vientre improductivo capitales prontos a engrasar las ruedas de la industria, no le ofrecerá abundantes materias primas ni

VIII

LA SEGUNDA REPÚBLICA

75

¿CUÁNDO UNA CONSTITUCIÓN QUE PARECÍA CONTENTAR A TODOS TERMINÓ POR NO CONTENTAR A NADIE?

El progreso económico experimentado por el país después de 1898 aceleró los cambios sociales. Junto a la oligarquía tradicional de terratenientes, generales, obispos, aristócratas y financieros, nace ahora una gran burguesía industrial, en especial en Cataluña y el País Vasco; junto a las clases medias tradicionales, unas pequeñas burguesías más dinámicas y críticas que no se sienten representadas por el tinglado caciquil del régimen; junto al campesinado pobre que labra la tierra ajena o trata de arrancar a la suya una cosecha miserable, el proletariado industrial que se afana con tesón para mover las ruedas de esa industria que hacia 1930 iguala ya a la agricultura en peso respecto al total de la producción nacional. Ninguno de ellos tiene ya bastante con el sufragio adulterado; ninguno está contento con su suerte ni considera imposible mejorarla; ninguno, en fin, contempla con simpatía a unos



Miguel Primo de Rivera con el rey Alfonso XIII a comienzos de 1930. «A mí no me borbonea nadie», parece que dijo el dictador poco antes de abandonar el cargo.

recibió atención. El de la representatividad de las instituciones ni se planteó; la cuestión social se trató como una mera cuestión de orden público, como los nacionalismos catalán y vasco, que sufrieron humillaciones gratuitas de las que no podía derivar sino su radicalización. Solo el problema marroquí recibió respuesta eficaz, gracias a una acción militar conjunta con Francia que permitió un nutrido desembarco de tropas en Alhucemas (1925) y, tras caer derrotado su principal instigador, el caudillo rifeño Abd-el-Krim, terminó con los disturbios en el protectorado.



Proclamación de la Segunda República en la Puerta del Sol de Madrid, 14 abril de 1931. Fotografía de Alfonso Sánchez Portela.

multitudinaria manifestación se congrega en la Puerta del Sol, a la espera de que los ministros del Gobierno Provisional, que se dirigen hacia allí en lenta caravana de vehículos entre el fervor de la multitud, entren en el Ministerio de Gobernación y proclamen oficialmente el nuevo régimen. Son las ocho cuando entran por la puerta principal del Ministerio. Un cuarto de hora después, Alfonso XIII sale del Palacio Real rumbo a Cartagena donde el crucero *Príncipe Alfonso* le espera para llevarle a Marsella. Tras de sí deja un trono vacante, del que no ha abdicado, y un manifiesto que comienza con las famosas palabras «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...]». Con razón podrá escribir después Miguel Maura, ministro de la Gobernación del Gobierno Provisional, que, así, «[...] suavemente, alegremente, ciudadanamente, había nacido la Segunda República española».



Jornaleros andaluces en 1932. La miseria que sufrían los dos millones de campesinos sin tierra que había en España en los años treinta y la esperanza con que recibieron la proclamación de la república obligaban a esta a dar una respuesta a sus anhelos.

Ciudad Real. En las tierras así obtenidas se asentarían, a título de colonos, unas sesenta mil familias al año, a las que, una vez organizadas en régimen de cooperativa, se entregarían también animales y aperos necesarios para el cultivo. Para organizar el proceso se constituiría un Instituto de Reforma Agraria que obtendría los fondos necesarios de un crédito especial financiado a partir de un gravamen específico sobre los latifundios. Los inspiradores del proyecto, entre ellos los mayores expertos del país en la cuestión, como Pascual Carrión, Antonio Flores de Lemus o Juan Díaz del Moral, pensaban que, de este modo, en unos diez o quince años quedaría resuelto el problema social del campo español.

Sin embargo, el contenido del proyecto no gustó a los socialistas. Para ellos, no solo era demasiado lento, sino que resultaba insatisfactoria la consideración de colonos que tendrían los campesinos asentados. En consecuencia, el Gobierno Provisional encargó un nuevo texto a una comisión ministerial presidida por el mismo Alcalá-Zamora, que terminó sus trabajos el 25 de agosto de 1931. Pero los planteamientos del

IX

LA GUERRA CIVIL Y EL FRANQUISMO

85

¿QUÉ GUERRA ESTALLÓ MIENTRAS LOS ESPAÑOLES ESTABAN DE VACACIONES?

La Segunda República española pereció víctima de la sublevación militar iniciada el 18 de julio de 1936, mientras los españoles que podían permitírselo escapaban del calor estival ansiosos de descanso y relajación. Pero se trató de una muerte lenta. Casi tres años resistiría el régimen republicano, aunque maltrecho y alejado de sus esencias, el embate de los rebeldes en la que sería la guerra civil más cruenta de nuestra historia. Pero ¿qué provocó la guerra? La respuesta no es simple. Podríamos decir, a riesgo de pecar de soberbia, que la primera causa del triste fin de nuestro primer intento democrático de alguna entidad —el de 1868 jamás pudo alcanzar una mínima estabilidad— se encuentra en el grado de desarrollo socioeconómico del país. Durante el siglo XIX la sociedad española había experimentado escasos progresos. A partir de 1900 se había modernizado considerablemente, aunque de modo incompleto y desigual. La industria solo era fuerte en Cataluña y en el País Vasco, y lo era en buena medida gracias al férreo



Despedida de las Brigadas Internacionales, fotografía de Robert Capa en 1938.
Los gestos de buena voluntad del Gobierno Negrín no sirvieron de nada
frente a la cerril neutralidad de las democracias.

¿Por qué perdieron la guerra los republicanos? La perdieron como resultado de una suicida combinación de falta de unidad política, tardía disciplina militar, oficialidad escasa y mal formada y tácticas militares superadas. Del mismo modo, puede decirse que los sublevados se alzaron con la victoria gracias a su rápida unidad militar, política e ideológica, la mayor importancia de la ayuda extranjera que recibieron, un uso más imaginativo del armamento, que no siempre era mejor que el republicano, y una oficialidad más numerosa y competente. El peso de la intervención extranjera resultó fundamental, aunque no determinante, porque movilizó la opinión pública mundial, que, a grandes rasgos, vio en ella la antesala de la gran batalla final entre comunismo y fascismo, a favor de uno u otro bando, y porque forzó a las grandes potencias a posicionarse, ya fuera defendiendo el principio de la no intervención, como Gran Bretaña y Francia, ya interviniendo mediante el envío de armamento, tropas o recursos de otro tipo, como hicieron la URSS, Alemania e Italia.



Francisco Franco con su hermano Ramón en Marruecos, 1925. La guerra de África no solo fue determinante en la formación de Franco como militar, sino que determinó en buena medida su meteórica carrera de ascensos.

«bonapartismo católico» o «fascismo frailuno», para reflejar así la dominación del sable y la sotana. Salvador Giner terminó por llamarlo «despotismo moderno» y quiso subrayar su cariz reaccionario, pero autores como Juan Ferrando han visto en el franquismo un cierto componente paternalista. Quizá se trate de una polémica estéril. Como dijo Nietzsche, lo que tiene historia no puede ser definido, pues la historia significa, antes que nada, cambio. Tal fue el caso del franquismo. Como es obvio, no quiere esto decir que nada en él perdurara, sino que lo que lo hizo no es lo bastante claro para permitirnos aventurar una denominación que lo abarque en su conjunto.



Francisco Franco visita el Alcázar de Toledo con el líder de las SS Heinrich Himmler, 1940. Los años posteriores a la Guerra Civil marcaron la máxima afinidad del franquismo con los regímenes fascistas en el fondo y en las formas.

a su antojo. No le cabía duda de que la Providencia le había encomendado la misión histórica de salvar a la nación de sus enemigos liberales, masones y comunistas, pero pronto comprendió que ello exigía, dadas las diferencias existentes entre las fuerzas que lo apoyaban, asegurarse de que ninguna de ellas se impusiera por completo sobre las demás, pues de lo contrario, él mismo terminaría por ser su esclavo, mientras que si ninguna triunfaba, todas recurrirían a él buscando su mediación. Y así



Francisco Franco abraza al presidente estadounidense Eisenhower durante la visita de este a Madrid en 1959. Aquel día se dice que Franco exclamó: «Hoy sí que he ganado la guerra».

favorecen, contumaces, la ineficiente industria nacional a golpe de aranceles, desgravaciones fiscales y ayudas a la producción. No han dejado tampoco de restringir las compras al exterior, controlar el comercio y regular los cambios. Los rescoldos de la autarquía tardan en apagarse; la primacía de lo político sobre lo económico es un dogma. La agricultura se encuentra lejos de haber resuelto sus problemas seculares: el subempleo, la baja productividad y la ausencia de mentalidad empresarial. La industria está creciendo, pero su crecimiento no se alimenta de la mejora de la productividad, sino de los abrumadores subsidios, los salarios de miseria, las horas extras y el rígido proteccionismo, que perpetúan su ineficacia y minan su competitividad. Así las cosas, la balanza comercial se resiente. Las exportaciones han cambiado poco. España sigue vendiendo aceite, cítricos y vino, productos baratos, de escaso



Cadena de montaje del SEAT 600 en la Zona Franca del puerto de Barcelona. Este vehículo, humilde y pequeño, se convirtió en el símbolo por excelencia de la entrada de España en la sociedad de consumo.

Fue esto lo que, en fin, diferenció a España del resto de Europa Occidental: la dictadura, no el crecimiento, que las otras naciones de este lado del continente disfrutaron también a ritmo acelerado en aquellos años. Lo hicieron Francia, Alemania y el Reino Unido que permanecieron lejanas en su bienestar superior para las aspiraciones españolas. Lo hizo también Italia; incluso Grecia y Portugal, únicos Estados de importancia que quedaron por debajo de los niveles españoles de prosperidad. Si hubo milagro, fue, pues, un milagro común a los países occidentales; en modo alguno un fenómeno peculiar. Y además, en aquel cielo de esplendoroso azul que el régimen trataba de vender para justificarse no faltaban oscuros nubarrones ansiosos por descargar su negra lluvia sobre la economía del país.

El progreso económico español mostraba fuertes desequilibrios. La riqueza aumentaba, pero se repartía mal. Los grandes grupos financieros, la banca y la gran industria incrementaban su participación en el producto nacional a costa de las clases medias y bajas. Mientras las regiones tradicionalmente más ricas, como Madrid, Cataluña o el País Vasco, y otras como Navarra y Valencia, aumentaban su peso económico en el conjunto de la nación y absorbían gran parte de su población, provincias enteras se vaciaban. Cuatro millones de españoles



Iglesia de la Asunción, Tendilla, Guadalajara. En el centro del edificio puede verse el homenaje a los caídos por Dios y por España, una inscripción que adornaba todas las iglesias españolas después de la Guerra Civil.

y acercó a otros a los nacionalismos competidores. Y la idea de España amparada por el régimen, privada de la fuerza de la Iglesia, quedó debilitada decisivamente.

Y lo que es más grave. En el corazón y la mente de muchos españoles quedó grabada a fuego una identidad peligrosa. España y la Dictadura, España y derecha reaccionaria eran lo mismo, de modo que debían ir también de la mano lucha contra el franquismo y lucha contra España; cuanto se opusiera a la primera debía oponerse también a la segunda. Y una idea vergonzante de la nación, una versión huera del patriotismo fue abriéndose paso, entre los intelectuales primero, entre los políticos luego, en amplias capas de la sociedad más tarde. La izquierda traicionaba la idea de España. Muchos ya no decían España, sino «este país»; no hablaban ya de nación, sino de estado. Y escuchaban con inconsciente simpatía la retórica de los nacionalistas catalanes y vascos, saturada de manipulaciones insostenibles del pasado, obsesión identitaria y desprecio de la diferencia, semilla indiscutible de futuras amenazas para la convivencia. La

X

LA TRANSICIÓN Y LA ESPAÑA ACTUAL

95

Y DESPUÉS DE FRANCO, ¿QUÉ?

El veinte de noviembre de 1975, tras una agonía lenta y dolorosa, fallecía al fin el hombre que había regido los destinos de España durante cuatro décadas. El país que dejaba era en muchas cosas el reverso virtuoso del que se había encontrado. Nunca antes los españoles habían sido más prósperos ni menores las distancias entre ellos ni entre las regiones que habitaban; nunca más abiertos, más tolerantes ni más cultos. Jamás antes la Iglesia católica se había mostrado más dispuesta a renunciar a su posición de privilegio, asumiendo al fin que era posible otra visión de las cosas. En ningún momento precedente la clase política se había encontrado más cerca en su diagnóstico de las necesidades del país; nunca más proclive a dialogar para edificar un régimen capaz de acoger las opciones más diversas, quizá porque derechas e izquierdas se sabían incapaces de imponerse por la fuerza y ninguna de ellas lo deseaba si el precio era repetir la horrible tragedia que tan viva permanecía aún en las conciencias. Y nunca antes el Ejército, habituado a tutelar la vida política, se había mostrado más dispuesto a



Adolfo Suárez depositando su voto en las elecciones de junio de 1977. El joven político poseía las cualidades ideales para pilotar la Transición. Joven, de ideas claras pero ninguna ideología reconocible, era el hombre adecuado para presidir un Gobierno que no encarnaba una opción de partido, sino que se disponía a servir de gestor para establecer un juego político abierto a todos.

encontrar al timonel capaz de navegar con pericia por aquel mar plagado de escollos.

El flamante presidente del Gobierno se entregó enseguida a la tarea de asegurar un contacto fluido con la oposición, incluyendo a Santiago Carrillo, secretario general del PCE. Proclamó su intención de reformar el régimen y convocar elecciones generales. Decretó una amnistía y restableció los derechos de reunión, asociación, propaganda y manifestación. Mientras, no se olvidaba de reunirse con los altos jefes militares con el fin de tranquilizarlos. El mensaje era de una nitidez meridiana. Suárez le decía a la oposición que llevaría al país a la democracia y que lo haría contando con ellos, pero también les pedía que esperaran y que depositaran en él su confianza. Y, a la vez, le decía a la reacción que lo haría desde dentro del propio régimen y a un ritmo lento, aunque decidido, en el que no tendrían cabida veleidades rupturistas. Se trataba, en palabras de Torcuato Fernández Miranda, el gran mentor de Suárez, de ir «de la ley a la ley»; de convertir la dictadura en democracia sin romper la legalidad, valiéndose de sus mismas posibilidades.



Imágenes de la manifestación *Som una nació. Nosaltres decidim*, celebrada en Barcelona el 10 de julio de 2010 para protestar contra la sentencia dictada por el Tribunal Constitucional en relación con el recurso de inconstitucionalidad interpuesto contra el Estatuto de Cataluña.

simplemente creados de la nada por élites políticas ansiosas de ganar parcelas de poder segadas al Gobierno central; un afán diferenciador que miraba al pasado buscando en la historia argumentos con los que sostener prosaicas pretensiones de dinero y transferencias.

En un primer momento, la cordura pareció imponerse. Los partidos mayoritarios, entonces el PSOE y la UCD, pactaron añadir un poco de orden y un mucho de razón al desbocado proceso autonómico. Luego, las mayorías absolutas de los socialistas pusieron sordina a las demandas nacionalistas, incluso cuando solicitaban transferencias previstas en los propios Estatutos. Pero la labor de zapa contra la unidad nacional ya estaba en marcha. Allí donde los nacionalistas tenían en sus manos la educación y la cultura, se valían del poder para adoctrinar a las masas en el nuevo credo nacional, incompatible con la nación común. La normalización lingüística, impuesta por la

BIBLIOGRAFÍA

ALVAR EZQUERRA, Jaime (dir.). *Entre fenicios y visigodos*. Madrid: La Esfera de los libros, 2008.

Una obra rigurosa y actualizada que reúne los trabajos de los mejores especialistas en cada período sobre los pueblos que habitaron sucesivamente la península ibérica entre la llegada de los primeros colonizadores a la invasión musulmana. Por su equilibrio entre los hechos y los procesos, el análisis de la vida cotidiana y las gestas de los líderes, resulta excelente como estado de la cuestión e introducción a lecturas posteriores.

ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Barcelona: Taurus, 2015.

Esta obra analiza el proceso de construcción de la identidad española a lo largo del siglo XIX que se considera parcialmente fracasada debido a la continua inestabilidad política, el atraso económico, la pérdida del Imperio y la inexistencia de amenazas exteriores, factores a los que se añadieron la carencia de un sistema educativo y un servicio militar verdaderamente nacionales.